

Sab, el romanticismo de la desilusión y su hálito eufórico*

Carlos-Germán van der Linde**

Resumen: El ideal romántico de amor influye en las mentalidades femeninas más ilustradas del siglo XIX; tal es el caso de Carlota, la protagonista de la novela abolicionista *Sab* (1841), novela de la autora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). Carlota, una mujer que se duele de la condición de esclavitud en que están subyugados los negros en la isla de Cuba, ha sido educada por su padre, un hombre también romántico que no dirige su vida por el «positivismo». Es precisamente esa mujer que hemos denominado ilustrada por inspirar su conciencia política bajo los principios republicanos de la igualdad, la libertad, y la fraternidad, la que vive, en gran parte de la novela, una ilusión romántica. Hasta que al final, el romanticismo se enfrenta con la realidad masculina, positivista e impositiva de su esposo y sociedad general. Es en este punto donde toma conciencia del sofisma vivido y asume la desilusión como una postura de vida, desilusión que está reforzada simbólicamente por el retiro al claustro de su amiga Teresa.

Palabras clave: novela, romanticismo, Cuba, género, esclavitud, Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Abstract: The Romantic ideal of love influences the most illustrated feminine minds of the nineteenth century; such is the case of Carlota, the protagonist of the abolitionist novel *Sab* (1841), by Cuban author, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). Carlota, a woman who is pained by the condition of slavery of black people in Cuba, has been educated by her father, an also pro-Romantic man who does not lead his life according to «positivism.» It is precisely this woman we have called illustrated due to her political conscience, inspired in the republican principles of liberty, equality, and fraternity, who lives throughout most of the novel, a

romantic illusion. Finally her Romanticism confronts masculine reality, positivistic and overbearing, exemplified by her husband and society in general. It is at this point that she becomes aware of her mistake, and accepts disappointment in her life, disillusionment which is symbolically reinforced by her friend Teresa's withdrawing to the cloister.

Key words: novel, romanticism, Cuba, gender, slavery, Gertrudis Gómez de Avellaneda.

I. El romanticismo y los ideales de belleza

El romanticismo europeo decimonónico se caracteriza por una poetización de la naturaleza, incluso por un panteísmo. Todo es naturaleza, es decir, orden –en el sentido griego de *cosmos*. Por otro lado, la naturaleza es perfección; es el *ergon* de la voluntad divina, esto es, de una voluntad suprahumana, buena y justa. En consecuencia, la naturaleza deviene objeto de contemplación y admiración para los hombres. Sin embargo, se puede ir más allá y decir que los hombres son objeto de admiración para los hombres mismos, pues al ser todo naturaleza el hombre también es armonía, en el sentido apolíneo que inspira el romanticismo.

El panteísmo o pannaturalismo se traduce en recurso estilístico que exalta la paisajística. Los espacios abiertos son los escenarios de poetización en el romanticismo, así lo comprobamos en los primeros cuadros que nos pinta Avellaneda, al comienzo de *Sab*. Seguidamente vienen las descripciones físicas

*Artículo de reflexión sobre un trabajo de investigación. Resultado (parcial) de la investigación «El poder de las imágenes femeninas en Colombia: religiosidad, discurso y resistencia», desarrollada en 2006, en el Instituto Caro y Cuervo. La investigación contó con Luz Mercedes Hincapié como co-investigadora, y con Juana Alejandra López y Dinah Orozco como auxiliares de investigación. **Recibido el 12 de mayo de 2008, aprobado el 4 de agosto de 2008.**

** Investigador en el área literaria del Instituto Caro y Cuervo; docente-investigador de la Universidad de La Salle. Magíster en literatura hispanoamericana, del Inst. Caro y Cuervo. Principales áreas de interés: Hermenéutica literaria, estética de la recepción, literatura escrita por mujeres, novela latinoamericana y colombiana contemporánea, filosofía del lenguaje y filosofía griega clásica. Secretario académico de la Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de La Salle. Email: cgvanderlinde@caroycuervo.gov.co

de la belleza femenina y masculina. Me aventuro a proponer que este cuadro no sólo era la costumbre narrativa de la época, sino que la autora lo presenta así intencionadamente. La Avellaneda quiere que el lector acceda al mundo novelístico de *Sab* por los sentidos, a través de una percepción sensible, y esto lo privilegia antes que una percepción intelectual.

Los cuadros presentados son la forma como se exhiben sus cualidades físicas y se les ofrece al lector para su contemplación. Los ‘mimos’ costumbristas llegarán en segundo lugar. Finalmente, la desilusión será el tema nuclear propositivo. Anticipadamente, juzgo que la resolución de la novela enseña al lector que todo el mundo idílico del comienzo sucumbe ante los valores intrascendentales, que la narradora ha denominado «positivismo».

El exotismo tal vez sea la nota diferenciadora entre el romanticismo americano y el europeo. Nuestra América fue la materialización de los imaginarios europeos como los de la Nueva Atlántida, el Gran Khan, la Leyenda del Dorado, etc., etc. La exuberancia tropical de fauna y flora se constituye en una poética silvestre, es decir, con sólo describirla ya se está elaborando poesía (recuérdese los diarios de a bordo de Cristóbal Colón). El *locus amoenus* del romanticismo, a saber, la naturaleza en campo abierto, ya es de por sí, en estas tierras, delirante. Tanta fuerza tiene lo aquí afirmado, que incluso ha perdurado hasta el realismo maravilloso: el exotismo silvestre más la historia de colonialismo, que propiciaron una pugna entre «civilización-barbarie», también produjo mestizaje, hibridez, sincretismos. A esto no escapa la apreciación que hace Gertrudis Gómez de Avellaneda, cuando pinta su Cuba como una especie de terruño del paraíso:

El sol terrible de la zona tórrida se acercaba a su ocaso entre ondeantes nubes de púrpura y de

plata, y sus últimos rayos, ya tibios y pálidos, vestían de un colorido melancólico los campos vírgenes de aquella joven naturaleza, cuya vigorosa y lozana vegetación parecía acoger con regocijo la brisa apacible de la tarde, que comenzaba a agitar las copas frondosas de los árboles agostados por el calor del día. Bandadas de golondrinas se cruzaban en todas direcciones buscando su albergue nocturno, y el verde papagayo con sus franjas de oro y de grana, el cao de un negro nítido y brillante, el carpintero real de férrea lengua y matizado plumaje, la alegre guacamaya, el ligero tomeguín, la tornasolada mariposa y otra infinidad de aves indígenas, posaban en las ramas del tamarindo y del mango aromático, rizando sus variadas plumas como para recoger en ellas el soplo consolador del aura. (Avellaneda 1976: 126.)

No obstante, el romanticismo comprometido de Avellaneda no se reduce al tema recurrente del exotismo telúrico, éste se traslapa hasta las razas humanas, v.gr., la negritud y el indigenismo son presentados con asombro, y más aún, con admiración. El agregado verdaderamente interesante de *Sab* es que el romanticismo no queda expuesto como una idealización solamente realizable en un mundo paralelo, sea éste el pasado, la vida campestre, entre otras vías de escape. Avellaneda quiere un utopía en esta tierra, realizable aquí y no en un allá.

Arambel-Guiñazú y Martín (2001: 156) sostienen que las novelas decimonónicas están imbuidas de preocupaciones sociales y de planteamientos políticos, los que en *Sab* son fácilmente identificables como la negativa a la esclavitud, y más aun, al hecho del determinismo de nacer esclavo «con la marca en la frente»: «¡Mi libertad!... sin duda es cosa muy dulce mi libertad... pero yo nací esclavo: era esclavo desde el vientre de mi madre» (Avellaneda 1976: 132)¹. Según las autoras citadas, las novelas decimonónicas escritas por mujeres reelaboran literariamente la

¹ Apoyándome en el capítulo 1.3 de Varela (s.f) presento una rápida radiografía de la esclavitud en la Cuba de la época: Gracias al libre intercambio comercial del naciente liberalismo económico, Cuba se convierte, desde finales del XVIII, en una colonia próspera y atractiva para la emigración y la trata de personas, todo ello motivado por el auge del cultivo azucarero. «En 1833, Inglaterra declara abolida la esclavitud en sus colonias; por las presiones de lord Palmerston se conciertan acuerdos antitratistas entre el Gobierno inglés y España; para su supervisión, llega a La Habana el cónsul inglés Richard M. Madden; pero la trata continúa, a pesar de las ideas de igualdad y libertad que circulan por el continente.» En la década 1830-1840, se agudiza la tensión y emergen las oposiciones contra los hacendados criollos. Domingo del Monte y José A. Saco difunden sus ideas reformistas y es entonces cuando se escriben las primeras narraciones antiesclavistas –Recuérdese que *Sab* es publicada en 1841. En 1838, el colombiano, residente en Matanzas, Félix Tanco Bosmeniel, compone el relato *Petrona y Rosalía*, precedido de un manifiesto antiesclavista. En la misma fecha, Anselmo Suárez y Romero elabora la novela corta *Francisco*. Publicada en inglés, por la Sociedad Antiesclavista de Londres. (Cf. Varela: 9-10. URL www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/bvj/12585070823476051109435/p0000001.htm#I_9_)

discordia y la pugna entre las ideologías comprometidas con el acto republicano de la fundación y la ejecución de los proyectos nacionales:

Lo que diferencia genéricamente los textos de estas escritoras [románticas hispanoamericanas] es la creación de personajes femeninos que, inmersos en situaciones sociales y políticas específicas, se ven afectados de un modo particular en razón de su sexo. Las experiencias que viven y sufren en sus páginas ponen de relieve por primera vez en nuestras letras el papel que juega la identidad genérica, el ser mujer, en el desarrollo de sus destinos (Arambel-Guiñazú 2001: 156-157).

La mujer escritora es la mujer ideológicamente comprometida con su sociedad, es la voz periférica que muestra una óptica alternativa para entender y analizar los hechos. Lenta y difícilmente, se comienza en el siglo XIX y a lo largo del siglo XX, a escuchar la voz de la mujer en el concierto de la creación literaria, no se quiere decir con ello que antes de este período no existieran escritoras, sí se afirma en cambio que a partir de ese momento se le reconoce a la mujer su escritura como un escenario ideológico de profesionalización. La escritura y lectura femeninas no es literatura culinaria o de entretenimiento, es la manera en que deja su impronta en el medio social donde está inmersa (el análisis de la dificultades de esta tarea sería un espacio de reflexión muy interesante, pero no se tratará aquí, debido a los propósitos específicos de este escrito). Es en este marco que se deben leer la denuncia de la esclavitud presente en *Sab*, además este mismo punto es signo del pensamiento ilustrado de Carlota. Con lo último se gana el que *Sab* no se reduzca a un panfleto militante, sino que se le reconozca como un producto cultural que prefigura un modelo de pensamiento, que ofrece un principio ético, que propone nuevas relaciones entre los hombres:

—¡Pobres infelices! —exclamó—. Se juzgan afortunados, porque no se les prodigan palos e injurias, y comen tranquilamente el pan de la esclavitud. Se juzgan afortunados y son esclavos sus hijos antes de salir del vientre de sus madres, y los ven vender luego como a bestias irracionales... ¡A sus hijos, carne y sangre suya! Cuando yo sea la esposa de Enrique —añadió después de

un momento de silencio—, ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros. (Avellaneda 1976: 165-166.).

Pese a este tipo de declaraciones que no son otra cosa que el equivalente espiritual de la belleza material de la naturaleza, el final de la novela enseña que en la sociedad existe una realidad pragmática o «positivista», tal como la denomina la narradora, que se impone a la voluntad romántica de la protagonista.

Para cerrar este primer apartado se retoman las siguientes ideas: la naturaleza expone una armonía que se vuelve objeto de contemplación para los sentidos; esto se ubica en el plano material de la experiencia. A partir de esto se elabora un ideal de belleza material en el plano humano, ideal que se expresa en el color de la piel. No obstante, la belleza racial no se puede manifestar libremente, pues se encuentra coaccionada entre las prácticas sociales, v.gr., las distinciones de raza, clase, la esclavitud, el exterminio del pasado indígena, etc. Todo esto se halla en el plano material, en el espiritual el ideal de la belleza se llama amor. Así las cosas, existe un ideal trascendental de belleza que desborda la instancia material de la experiencia, y se llama *amor*. Ahora bien, no se trata de una cursilería (no se deje confundir el lector con los reiterados lloriqueos de los personajes, que por momentos nos hacen creer que el libro que sostenemos en manos destilará lágrimas), sino de un criterio de humanización: el negro es indiscutiblemente humano porque ama, mientras el blanco es vil por su incapacidad amorosa: «La bienaventuranza del cielo no es otra cosa que el eterno amor.» (Avellaneda 1976: 265).

II. Los ideales de amor: el matrimonio y la virginidad

El ideal de amor en Carlota se consume (en el sentido de la noche de bodas) con la unión con Enrique. *Sab* está mostrando que el espacio de realización de los ideales románticos para la mujer es el matrimonio. El objetivo vital y esencial de la mujer es el matrimonio y la vida familiar, cuando su opción no es el clero. La pregunta es ¿dicho objetivo es uno connatural a la condición femenina?, autoras como Simone de Beauvoir sostiene que no. Esos

ideales son artificiosos y le han sido insuflados a la mujer desde muy niña, por una sociedad abiertamente machista: «No se nace mujer: llega una a serlo [...]. La civilización en conjunto es quien elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica como femenino.» (Beauvoir 1965: 13). Lo más interesante de todo es que esos ideales le han sido inyectados a la niña por otra mujer, su madre. Tal es la circunstancia que testimonia el siguiente pasaje de la novela colombiana *Jaulas*:

Hoy Kristal, irás como una novia, una novia en pequeñito que saldrá, como salió tu madre, hace ya casi diez años, en los registros sociales de los periódicos y las revistas, noticia que a nadie se le escapará, Kristal Ventura hace su primera comunión, y sentirás algo parecido a esa emoción que te embarga el día del matrimonio, cuando se es novia de verdad, la máxima ilusión en la vida de cualquier mujer, una novia airosa, majestuosa, florida [...]. Con el príncipe azul, el galán de tus sueños, vivirás para siempre, tú siempre al lado suyo, y él te defenderá, y él te protegerá y todo te lo dará. (Bonilla 1985: 16.)

Compárese el anterior pasaje de María Elvira Bonilla con el de Gertrudis Gómez de Avellaneda, escrito ciento cincuenta años atrás:

Aquel era el primer día de su unión, y el primer día de una unión pura y santa, aquel día en que se hace del más vivo y ardiente de los afectos el más solemne de los deberes, es indudablemente un día supremo. Debe haber en ese día una plenitud de ventura que no pertenece a esta tierra, ni a esta vida, y que el cielo no concede sino por un día, para hacer comprender con ella la felicidad que reserva en la eternidad de su gloria a las almas predestinadas. (Avellaneda 1976: 265.)

He ahí las razones que han colonizado la imaginación femenina. Entonces cabe la pregunta por la función del matrimonio. Éste sirve para legitimar la entrega de su virginidad, resarcirse de ello a través de la maternidad, y servir al hombre sumisamente. Éste es precisamente el ideal más encalado en la mentalidad femenina, a saber, ser el objeto de satisfacción del hombre: «Cualquier hombre será feliz con ellas, porque han sido criadas para sufrir», se lee en *Crónica de una muerte anunciada*. Bien lo explica Simone de

Beauvoir, el matrimonio es la vía de realización femenina más honorable y menos fatigosa, además es la única que da boleto directo a la integridad social: realización sexual como amante (de su marido, claro está) y luego como madre. Su contexto social dibuja su porvenir bajo esa figura materna, incluso ella también lo afronta de esta manera, a saber, siendo una madona purificada. (Cf. Beauvoir 1965: 77.)

Si bien es curiosa la coincidencia del ideal de realización a través del matrimonio en *Sab* y en *Jaulas*, también son significativas las rupturas que se han presentado frente a ese mismo ideal, tal como se puede testimoniar en la imagen poco femenina de la mujer, según los cánones tradiciones, presente en una novela colombiana de reciente publicación, *Rosario Tijeras*:

—Casate conmigo, Rosario —le propuso Emilio.
— ¿Vos sos güevón o qué? —le respondió ella.
— ¿Por qué? ¿Qué tiene de raro? Si nos queremos.
— ¿Y qué tiene que ver el amor con el matrimonio? (Franco 2000: 57.)

Pronto veremos que al final del *Sab* —producto de la desilusión—, Carlota podrá preguntarse algo semejante a lo cuestionado por Rosario, y los críticos de la novela cubana que han trazado las relaciones autobiográficas estarán de acuerdo conmigo. Pero antes de llegar al punto teórico que quiero demostrar sobre un romanticismo de la desilusión en la obra de Avellaneda, quiero seguir auscultando sobre los elementos que conforman esos imaginarios femeninos. Por ejemplo, está la superlativización de la figura del hombre por parte de la enamorada. En el primer momento romántico, la mujer no ve realmente al hombre que tiene en frente, éste es sometido a una idealización, a una suerte de sublimización, al que ningún ser real puede corresponder. La adolescente construye en su imaginación ese príncipe azul de sus lecturas, y luego lo busca y exige al mundo. Testimonio de ello lo encontramos en la correspondencia amorosa entre Avellaneda e Ignacio Cepeda:

Eres el Angel de mi destino, y pienso muchas veces al verte, que te ha dado el mismo Dios el

poder supremo de dispensarme los bienes y los males, que devo [sic] gozar y sufrir en este suelo. Te lo juro por ese Dios que adoro, y por tu honor y el mío; te juro que mortal ninguno ha tenido la influencia que tú sobre mi corazón. Tú eres mi amigo, mi hermano, mi confidente, y, como si tan dulces nombres aun no bastasen a mi corazón, él te da el de su Dios sobre la tierra. (Cruz de Fuentes 1914: 119)²

Muestra semejante se encuentra en *Sab*, cuando la narradora comenta: «Ninguna duda, ningún asomo de desconfianza había emponzoñado un afecto tan puro, porque cuando amamos por primera vez hacemos un Dios del objeto que nos cautiva. La imaginación le prodiga ideales perfecciones.» (Avellaneda 1976: 139.) El hombre es el epicentro del universo femenino, es la fuente de verdad en su mundo, es la respuesta a todas las preguntas, es la suprema autoridad: el placer y la salvación. Razones que den cuenta de este estado de cosas hay muchas; v.gr, la niña explora el mundo a través de los ojos de los hombres: el Mesías, los profetas, los príncipes azules, los caballeros andantes, los conquistadores y los libertadores, etc., etc. Asimismo descifra su destino: una cenicienta que encuentra su príncipe o una bella durmiente (impotente y pasiva), que aguarda a su caballero para que la rescate. Pero sin ir más lejos, en la casa habita el Padre: la madre, guardiana tutelar, conserva perfecto el orden casero para que gran señor pueda sosegar, y nada ni nadie puede alterar el descanso paterno. El mundo hogareño debe hacer una pausa cuando el padre entre a casa. Quietud y silencio que evocan la sobriedad de la iglesia, la casa de otro Padre. Sin embargo, estos hombres le están vedados a la joven, ella debe fabular el suyo propio, hacerlo objeto de su adoración. Ahora bien, las cosas se presentan de esta manera porque a la mujer se le ha hecho creer que es un ser incompleto e irrealizado sin matrimonio y sin parto; *ergo* el hombre es la condición de posibilidad para alcanzar la plenitud. Realización que se retribuye con el tesoro más preciado que ella pueda brindarle, a saber, el cáliz mariano: su himen.

¿Cuál es aquella que no ha entrevisto en sus éxtasis solitarios un ser protector, que debe sostener su debilidad, defender su inocencia, y recibir el culto de su veneración? Ese ser no tiene nombre, no tiene casi una forma positiva, pero se le halla en todo lo que presenta grande y bello la naturaleza. Cuando la joven ve un hombre busca en él los rasgos del ángel de sus ilusiones... (Avellaneda 1976: 143-144.)

Mucho se ha dicho acerca de que la mujer no tiene vida propia, pues su identidad de género se «legítima» en función del hombre: el matrimonio como camino de inserción en la vida social pública, oficial, ejemplarizante, o como se le quiera llamar; luego la maternidad como única experiencia de realización. La mujer es un ser casto, preservado para el matrimonio y para la prolongación del mismo, pues el matrimonio es el lugar de la satisfacción de la carne, sin juzgamiento pecaminoso; en otras palabras, a la sombra del hombre, la mujer es una prostituta salvaguardada:

La civilización patriarcal ha destinado a la mujer a la castidad; se reconoce más o menos abiertamente el derecho del macho a satisfacer sus deseos sexuales, en tanto la mujer está confinada en el matrimonio: para ella, el acto de la carne, si no ha sido santificado por el código o el sacramento, es una falta, una caída, una derrota, una debilidad, pues debe defender su honor, su virtud, y si «cede», si «cae», suscita el desprecio, en tanto que la misma censura cuando se dirige a su vencedor está llena de admiración. Desde las civilizaciones hasta nuestros días se ha admitido siempre que el lecho es un «servicio» de la mujer, que el macho agradece por medio de regalos, o asegurando su manutención, pero servir es darse a un amo, relación en la cual no hay ninguna reciprocidad. La estructura del matrimonio, del mismo modo que la existencia de las prostitutas nos da una prueba: la mujer *se da*, y el hombre la remunera y la toma. (De Beauvoir 1965: 125.)

Sólo así la mujer es jefe de hogar, encarna la ley y la cultura, es la garantía del orden del microcosmos (reflejo o fundamento de la macro-organización

² Cito de la correspondencia presentada por Arambel-Guiñazú y Martín, 2001, quienes se basaron en la edición de Cruz de Fuentes, 1914. Correspondencia con Ignacio Cepeda, entre 1839 y 1850.

nacional), y paradójicamente la madre es la principal reproductora de las dinámicas machistas que culturalmente se legan de una generación a otra: la madre, al menos, hace de su hija un reflejo de ella, porque generalmente se constituye en la guardiana de la virginidad de la hija. No obstante, es la primera animadora de que el hijo se convierta en el coleccionista número uno de cálices marianos. Esto por un lado, por otro y sin importar la primacía expuesta, la que se vuelve un yugo para la hija, la matriarca «a pesar de su omnipresencia en la familia, a la hora de protección [...] necesita la sombra de un hombre.» (Navia 1992: 42.)

En este marco, se exponen razones para que se entienda, por un lado, la conversación entre Eugenia –la madre de Agustina y el Bichi en *Delirio*– y su hermana Sofi, cuando aquélla le pide que también se refiera a su esposo e hijos como su cuñado y sus sobrinos, esta marca lingüística de tratamiento es el reconocimiento que da la amante a la señora de la casa; por otro lado, hay las razones para justificar la reacción de Eugenia, cuando se revelan las fotos del adulterio de su esposo con su propia hermana, y éstas son: conservar el matrimonio a toda costa, porque es el lugar seguro de su autoridad y reconocimiento, es decir, como el espacio de su constitución como sujeto valioso. En cierta forma y aunque suene contradictorio, la salvación del padre hace parte de la reafirmación de la madre como la señora de la casa: Eugenia es la dueña y señora de esa familia, por derecho es la esposa y madre, es la encarnación de esas imágenes que la realizan como mujer, que en definitiva le produce la satisfacción social de ser reconocida como tal en la vida social.

La esposa es la única que socialmente puede ocupar esos lugares, por lo mismo no puede ser reemplazada por ninguna otra mujer, ni siquiera su hermana, y aquí volvemos a la conversación entre las hermanas: «Vamos, le dijo Sofi a Eugenia, tu marido y tus hijos ya deben tener hambre y ella sonrió, ahora pienso que con tristeza, Cuántos años llevas viviendo con nosotros, le dijo Eugenia a Sofi, y siempre te oigo decir así, tu marido y tus hijos, tu marido y tus hijos, me pregunto si alguna vez te voy a escuchar decir mi cuñado y mis sobrinos.» (Restrepo 2004: 242.) Y esto lo entiende muy bien Sofi, así es que

ésta nunca manifiesta pertenencia por el hogar de su hermana, por ejemplo, siendo la Amante quien cuida a los niños, éstos siguen siendo de la Esposa. Por eso, a pesar de que «algo se insubordinaba en mí y nacían una ganas horribles de decirle en la cara Mi marido y mis hijos, Eugenia, mi marido y mis hijos porque son más míos que tuyos», nunca se atrevió a decírselo. El estado de cosas imperante es tan consabido que el día de la revelación del adulterio, quien tuvo que salir de la casa paterna fue la amante y no la esposa.

Las cosas se hallan de esa manera, incluso, después de que en el mismo matrimonio se descubra que ese hombre no tiene nada del ángel que el romanticismo femenino avía le sobreimpreso. El desengaño llega al punto que el esposo es la degradación de la esencia pura de ese ser *idealizado* o protohombre, y lo que es peor, *esperado*. A pesar del nuevo reconocimiento, ¿por qué la mujer sigue bajo la sombra del hombre? Asunto bastante difícil de resolver. Por ejemplo, Simone de Beauvoir sostiene que es el discurso religioso y, en especial, la iglesia católica la que cuida de que «Dios no autorice jamás a las mujeres a substraerse a la tutela de los machos, y ha puesto en manos masculinas estas armas terribles: rechazo de absolución y excomunión.» (1965: 422.) Esto quiere decir que la mujer no ha sido educada o no está habituada a decidirse por su libertad e independencia. De donde resulta harto significativo que para el caso de Teresa, la amiga íntima de Carlota, en *Sab*, su emancipación sea la reclusión en el convento, esto es, pasar de la objetivación (o cosificación) producida por los mortales a la realizada por la divinidad. Por su parte, Carlota persiste en su matrimonio más por hábito que por convicción, pues ha comprendido que el principio trascendental del amor es postrado por las dinámicas positivistas de la sociedad. En este sentido escribe la autora cubana en su correspondencia: «Esto encontré, cuando inocente, pura, confiada, buscaba amor, amistad, virtudes y placeres: ¡inconstancia! ¡perfidia! ¡sórdido interés! ¡envidia! Crimen, crimen y nada más. ¿Soy culpable, pues, de no amarle? ¿Puedo tener ilusiones?» (Cruz de Fuentes 1914: 160.)

El principio vital que ostenta el romanticismo de Avellaneda se ve trasgredido por las dinámicas

positivistas de la pricipiante sociedad liberal, las que son practicadas por su esposo Enrique Otway, la representación del hombre civilizado, no sólo por los ideales de belleza del romanticismo y modernismo latinoamericanos, sino también dentro del ideograma «civilización vs barbarie». En otras palabras, el principio trascendental del amor es postrado por una fuerza superior a la sensibilidad romántica, a saber, la fría práctica económico-patriarcal del hombre caucásico. Este último es superado moralmente por el criollo, v.gr., Carlota misma cuando hace titubear a su pretendiente frente a los postulados materialistas del Sr. Otway. Así las cosas, se realiza un símil entre el matrimonio y la esclavitud. Igualmente el indígena y el negro se presentan como superiores moralmente, al ser capaces de prescindir del dinero en busca del amor.

III. Reconversión de ideales y razas: negro bueno, blanco malo

El romanticismo inicial que exhibe *Sab* muestra una equivalencia entre los ideales de belleza naturales, los raciales y, hasta cierto punto, una armonía en la organización social. Me explico: el amo es justo y el esclavo es leal, de alguna manera, ambos son nobles. Carlos, padre de Carlota, es el clásico señor que administra la gran hacienda, sus hijas, propias y adoptivas son doncellas puras y sensibles (tema clásico del romanticismo es la generosidad hacia los niños encomendados por orfandad como hacia los propios, v.gr., *María*, *El alférez real*, etc.) Los sirvientes por su parte parecen sacados de las castas expuestas en la *República* de Platón, las almas de bronce son nobles o virtuosas en la medida que cumplen a la perfección su oficio, así los sirvientes son los más fieles y sumisos; en ningún momento el esclavo Sab se revela contra el estado de cosas imperante, la narración deja saber que hay negros cimarrones en las montañas de la Isla, pero Sab no es presentado como el ideólogo o promotor del boicot, que estaría inspirado en la emancipación haitiana, ya que ello sería directamente contra la familia de su amo. Además se presenta como hecho loable la inteligencia y capacidad de aprendizaje de Sab, el único inconveniente son su color y condición social, a la que queda determinado innatamente. Aunque,

recordemos, Sab es hijo de una princesa africana y en la hacienda de don Carlos es el capataz, el más alto rango al que podía aspirar un esclavo.

La evolución de la novela es justamente el traslapo del anterior estado de cosas. El eurocentrismo repensado en la admiración por el hombre blanco puro, encarnado por los Otway, se va desdibujando en la medida que el lector conoce las verdaderas intenciones de estos sujetos. Repasemos las siguientes palabras del Sr. Otway inculcadas a su hijo:

Un comerciante, Enrique, ya te lo he dicho cien veces, se casa con una mujer lo mismo que se asocia con un compañero, por especulación, por conveniencia. La hermosura, el talento que un hombre de nuestra clase busca en la mujer con quien ha de casarse son la riqueza y la economía. (Avellaneda 1976: 171.)

El interés por el dinero, y sobre todo éste en tanto signo del materialismo que sacrifica valores espirituales como el amor, será el criterio para determinar la latitud moral de las personas. En este marco se debe definir la actitud romántica de Avellaneda, no con el facilismo de decir que es romántica por las descripciones paisajísticas o por el lloriqueo constante de sus personajes, sino por su capacidad de desprendimiento de valores materiales a favor de alcanzar realizaciones trascendentales, tal como queda demostrado en los siguientes pasajes; los primeros ofrecidos por Carlota, el último por Sab.

Cuando yo sea la esposa de Enrique [...], ningún infeliz respirará a mi lado el aire emponzoñado de la esclavitud. Daremos libertad a todos nuestros negros. ¿Qué importa ser menos ricos? ¿Seremos por eso menos dichosos? Una choza con Enrique es bastante para mí y para él no habrá riqueza preferible a mi gratitud y mi amor. (Avellaneda 1976: 165-166.)

La simpleza que satisface a Carlota está fundamentada en ideales más humanos, por otra parte, la satisfacción expresada por ella en una vida al lado de Enrique así sea en una choza no sólo responde a la ilusión romántica de la mujer, sino que también es una estrategia irónica de la autora para contrastar las disposiciones anímicas de cada uno de los preten-

dientes. El mismo ideal de libertad expresado en el caso de la esclavitud es manifestado por Carlota para la situación indigenista:

—No, Enrique —respondió con tristeza la doncella—, no lloro por Camagüey ni sé si existió realmente, lloro sí al recordar una raza desventurada que habitó la tierra que habitamos, que vio por primera vez el mismo sol que alumbró nuestra cuna, y que ha desaparecido de esta tierra de la que fue pacífica poseedora. Aquí vivían felices e inocentes aquellos hijos de la naturaleza: este suelo virgen no necesitaba ser regado con el sudor de los esclavos para producirles: ofrecíales por todas partes sombras y frutos, aguas y flores, y sus entrañas no habían sido despedazadas para arrancarles con mano avara sus escondidos tesoros. ¡Oh, Enrique!, lloro no haber nacido entonces y que tú, indio como yo, me hicieses una cabaña de palmas en donde gozásemos una vida de amor, de inocencia y de libertad. (Avellaneda 1976: 187-188.)

Nuevamente la intervención colonizadora no se percibe como la bendición de la divinidad que trajo la civilización, esto es, la lengua y la religión, a las tierras salvajes, bárbaras, del nuevo mundo. Es juzgada como una intervención dañina que alteró el curso natural de la vida nativa. El precio pagado por el proceso de civilización fue en mucho más alto que el beneficio otorgado; igualmente lo juzgan así novelas más recientes como *Los perros del paraíso* y *La tierra del fuego*. Aunque no es concretamente el caso de *Sab*, algunas otras obras han manifestado que la «barbarie americana» no es original de esta tierra, sino que es un efecto colateral de la colonización y civilización, v.gr., *Facundo*. Es en el sentido de una periferia mucho más humana, sensible y respetuosa que presento el último de los fragmentos antes prometidos: el «infeliz» de Sab es superior a Enrique Otway, por su capacidad de desprenderse de su reciente fortuna, hasta dando literalmente su vida por amor —incluso en medio de su desesperación agónica prefiere sacrificar a Teresa para salvar a Carlota, no obstante esto que podría juzgarse como un punto negativo, hace parte de la experiencia amorosa en una situación tormentosa:

— ¡Y bien! —Exclamó Teresa con ansiedad—, es verdad... tengo un billete de la lotería...

—Yo tengo otro [interpuso Sab]

— ¡Y bien!

—La fortuna puede dar a uno de los dos cuarenta mil duros.

—Y esperas...

—Que ellos sean la dote que llevéis a Enrique. Ved aquí mi billete —añadió sacando de su cinturón un papel—, es el número 8014 y el 8014 ha obtenido cuarenta mil duros. Tomad este billete y rasgad el vuestro. (229)

—Es preciso separarnos —le dijo—. Sab, toma tu billete, él te da riquezas... ¡puedas también encontrar algún día reposo y felicidad!

—Cuando tomé ese billete —respondió él—, y quise probar la suerte, Martina, la pobre vieja que me llama su hijo, estaba en la miseria: al presente goza de comodidades y el oro me es inútil. (237)

—Adiós, Sab..., no dudes nunca que tienes en Teresa una amiga, una hermana.

Ella aguardó en vano algunos minutos una contestación del mulato. Apoyada la frente sobre una peña, inmóvil y silencioso, parecía sumido en profunda y tétrica meditación. Luego, de repente brillaron sus ojos con la expresión que revela una determinación violenta y decidida, y alzóse del suelo grande, resignado, heroico. (238)

Solamente páginas más adelante el lector sabe qué ocurrió en ese momento entre ellos, pues la narración da un giro y traslada la atención hacia la llegada de los jornaleros al lugar. A punto seguido, termina el capítulo con un Sab arrojando sangre por la boca. La trama prosigue, en la siguiente sección, con Sab viajando a todo galope para llevarle una encomienda de don Carlos a Enrique, la que en su posdata se lee:

La suerte, por una cruel irrisión, ha querido compensar el golpe mortal dado en mi corazón con la pérdida de mi hijo, otorgando fortuna a mi hija mayor. Carlota ha sacado el premio de cuarenta mil duros en la última lotería: Enrique, tú que no pierdes un hijo, puedes dar gracias al cielo por este favor. (246)

La conclusión de esa frase «alzóse del suelo grande, resignado, heroico» se la dejo al lector del

presente, por eso me permito seguir el desarrollo del postulado: El sujeto cultural americano como persona moral es más excelsa que el blanco. Este tema también fue tratado por Altamirano en *Clemencia*. Recordemos que aquí se presenta la oposición entre los comandantes Enrique Flores y Fernando Valle, aquél encarna los ideales de belleza caucásicos: es blanco, bonito, gallardo, etc.; mientras que éste es su antípoda: indio, feo, retraído. No obstante, el desenmascaramiento no tarda en llegar a la hora de probar su honor y patriotismo. En ese instante se devela que Flores ha traicionado la causa republicana y se ha aliado con los franceses, por su parte Valle, el primeramente despreciado por su apariencia, es el verdaderamente valioso. El desenmascaramiento, inicio obligado de la reconversión, se presenta en *Sab* de la siguiente manera: «Desde la primera vez que examiné a ese extranjero, conocí que el alma que se encerraba en tan hermoso cuerpo era huésped mezquino de un soberbio alojamiento» (Avellaneda 228).

Para concluir este apartado se sostendrá que Carlota es la realización femenina de los de los valores espirituales, trascendentales, primeramente adjudicados a su padre, valores que en conjunto son diametralmente opuestos a los positivistas encarnados en los Otway. El desprendimiento de Carlota por el dinero y la fortuna se explica con el descuido que su padre manifiesta por las riquezas. El carisma humano es más representativo en don Carlos que su fortuna representada en extensas tierras; por ejemplo, bajo su tutela se crió además de Tesera, el mulato Sab, pues se sospecha que es hijo de uno de sus hermanos (aunque, debe reconocerse, su carisma tampoco llegó al punto de reconocerlo como familiar suyo, ésta se limitó a prometerle la libertad). Éstos en unión con Matilde, Sab y Teresa son el conjunto humano americano: a saber, una combinación de lo indígena, lo negro y lo criollo. El sujeto cultural americano es moralmente más digno y más entregado a la virtud, en definitiva tiene un corazón que sabe amar, y al hacerlo no puede ser un corazón vulgar (cf. Avellaneda 1976: 236); mientras que el corazón del blanco, del europeo, es uno que se ocupa más de su fortuna que de su amor (cf. 270). Luego, la reconversión del «negro indefectiblemente malo» y el «blanco in

gratia bueno», se da bajo el criterio de experimentar el amor, pues «el amor es la más bella y pura de las pasiones del hombre» (278).

IV. De la desilusión al hálito eufórico

En este último apartado se realiza una valoración de la actitud romántica presente en *Sab*. En distintos momentos anteriores se ha afirmado, básicamente, que el romanticismo de Carlota es la exigencia que hace la protagonista al mundo pragmático donde vive. En este sentido el romanticismo no tiene nada de ensoñación ni de escape, es decir, no queda definido como un mundo paralelo y utópico al cual los hombres recurren ante la imposibilidad de encontrar los valores espirituales en este mundo llamado «real». En cierta forma, el romanticismo se ha entendido positivamente: la preponderancia de la simpleza por sobre las falsas complejidades de la vida capitalista, el amor allende los intereses económicos, la libertad muy por encima de la esclavitud, la moral por encima de las distinciones raciales.

La apreciación cambia cuando los ideales románticos no son empleados para evaluar la realidad social y transformarla si es del caso. La idealidad romántica se ha interiorizado en Carlota a tal punto que se aferra a ella y esto no le permite tener una comprensión veraz de los hechos, tanto así que termina negándose a sí misma el hecho de que los factores negativos también componen la condición humana y las prácticas sociales:

Jamás he podido leer tranquilamente la historia sangrienta de la conquista de América. ¡Dios mío, cuántos horrores! Parece empero *increíble* que puedan los hombres llegar a tales extremos de barbarie. Sin duda *se exagera*, porque la naturaleza humana *no puede, es imposible*, ser tan monstruosa. (Avellaneda 1976: 187. Cursivas mías.)

La visión romántica pierde su carga afirmativa cuando se constituye en autoengaño (el que he señalado en la cita con las cursivas, índice de la autonegación, la ilusión romántica), y en consecuencia, el desenmascaramiento de la verdad llega ser letal. Revelarle a Carlota las verdaderas intenciones de su pretendiente, Enrique Otway, le resultará más nocivo y desgarrador que el dejarla abandonada a su suerte.

El romanticismo de la ilusión o mentira romántica se propone como ese instante donde la idealidad inunda la realidad, esto es, la realidad es percibida según los modelos de belleza que se imaginan, y prevalecen, en un primer instante, incluso sobre el valor espiritual. Un ejemplo de esta primera instancia se encuentra en la primera etapa de la Clemencia de Altamirano:

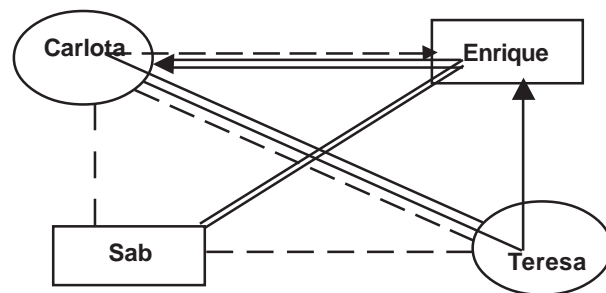
Pero juzgaban [Isabel y Clemencia] como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organización especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, sólo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen a lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y a fe que muchas veces tienen razón.

Un par de párrafos antes, el narrador había anotado una idea similar, también la reproduzco aquí con el fin de mostrar el sentido de la ilusión romántica como una anteposición de la imaginación, que caracteriza el ánimo de las y los jóvenes, porque la vida y la experiencia se encargará de refutarles ese sentimiento:

Clemencia se parecía mucho en esto a su amiga. Adoraba la forma, creía que ella era la revelación clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba portero el tipo y concedía después el afecto. (Altamirano 1998: 43.)

En estas circunstancias es que René Girard (1985) considera que el romanticismo es una mentira. Si bien el argumento principal de Girard es el deseo por mediación del otro, es decir, se llama «mentira romántica» al hecho de no decidir por sí mismo, a la falta de autonomía en el desear; se pretende algo porque existe otra persona distinta a mí que también lo procura. Con todo rigor, se debe decir que el deseo del otro motiva mi ambición. Aquello que otra persona aspira se vuelve objeto de mi deseo. Tómese por ejemplo el caso en que Arturo Cova, en *La vorágine*, en cierta medida, desprecia a Alicia, pero una vez siente que Barrera la pretende y que la puede perder, entonces esto se vuelve motivo de celos y en impulso

para hacer muchas de sus travesías. La forma de la mediación también se puede presentar de otros modos, v.gr., en don Quijote se presenta a través de los libros de caballería y en Carlota por intermedio de los ideales románticos. En la gráfica se muestran las mediaciones presentes en la novela, se debe advertir que las líneas no dibujan la causalidad de las relaciones, es decir, Carlota, representada con la línea continua, no desea a Enrique porque primero lo haga deseado Teresa, sino que grafican las rivalidades que en algún momento fueron expresas. Así explica el narrador de *Clemencia*, cuando dos seres coinciden en su gusto por un misma persona: «Se establece entre ellas una rivalidad momentánea, cada una procura atraer la atención de aquel amante en ciernes, y cada una teme verse pospuesta a su antagonista.» (Altamirano 1998: 47-48.) (La línea punteada señala las relaciones preexistentes, ya fueran de amistad, de subordinación o de aprecio.)



Por otra parte, la ilusión romántica hace parte de la actitud de la protagonista, pero no de la narradora, es decir, desde muy temprano en la novela ya se advierte al lector de la desilusión: capítulos II y III de la primera parte. Con ello se obtiene que la salida final de la novela ya se tiene presupuestada desde un inicio, y la experiencia de Carlota es ejemplarizante para todos aquellos que se insisten en vivir bajo el engaño romántico. Es prudente reconocer que los personajes positivos de la obra son los románticos, don Carlos, Teresa, especialmente, Sab y Carlota (he dicho personajes *positivos* y no positivistas. Es necesario que el lector no olvide la distinción, porque no se debe confundir el adjetivo positivo/a con el positivismo –censurado por la autora). Y si bien, en un comienzo se resisten a aceptar la realidad tal como se impone –hago referencia en concreto a Carlota-,

es innegable que al final se produce un reconocimiento de la imposibilidad romántica (señalada en cursivas), en los términos anhelados:

Ninguna duda, ningún asomo de desconfianza había emponzoñado un afecto tan puro, porque cuando amamos por primera vez hacemos un Dios del objeto que nos cautiva. La imaginación le prodiga ideales perfecciones, el corazón se entrega sin temor y *no sospechamos ni remotamente que el ídolo que adoramos puede convertirse en el ser real y positivo que la experiencia y el desengaño nos presenta, con harta prontitud, desnudo del brillante ropaje de nuestras ilusiones.* (Avellaneda 1976: 139. cap. II)

¿Cuando la joven ve un hombre busca en él los rasgos del ángel de sus ilusiones... ¡Oh!, ¡qué difícil es encontrarlo! ¡Y desgraciada de aquella que es seducida por una engañosa semejanza...! Nada debe ser tan doloroso como ver destruido un error tan dulce, y por desgracia se destruye harto presto. (Avellaneda 1976: 143-144. cap. III)

No sé si el lector de este documento mío se percató de que hace poco he hablado de una narradora y no de un narrador. En el momento que lo hice tampoco fui consciente de que lo hacía, tal vez haya sido un efecto reflejo de las interpretaciones que encuentran elementos autobiográficos en la obra de Avellaneda. Mi propósito no es demostrar o rebatir ese punto, pero me resulta cautivante encontrar en la correspondencia de la cubana pasajes como los siguientes:

He encontrado hombres!, hombres, todos parecidos entre sí: ninguno ante el cual pudiera yo postrarme con respeto y decirle con entusiasmo: Tú serás mi Dios sobre la tierra, tú el dueño absoluto de esta alma apasionada. Mis afecciones han sido por esta causa débiles y pasajeras: *yo buscaba un bien que no encontraba y que acaso no ecsiste [sic] sobre la tierra. Ahora ya no le busco, no le espero, no le deseo: por eso estoy más tranquila.* (Cruz de Fuentes 1914: 49)

Con las cursivas que he sobrepuesto a las tres últimas citas no pretendo hacer la demostración textual de la identificación del autor real con el narrador; con ello quiero evidenciar una toma de posición por un «romanticismo de la desilusión». En

otras palabras, Avellaneda consigna su conciencia ética en la voz de su narradora, donde los ideales románticos son principios que se esperan y exigen al mundo. Los ideales románticos también son principios que están asociados al sentido ilustrado francés de la igualdad, la fraternidad y la libertad. Se debe prestar, además, mucha atención a la focalización de los personajes en lo tocante a este punto. Es cierto que ha sido Carlota la más notoria en el deseo de la libertad, pero la resolución de la novela, puede decirse, ha quedado en manos de Teresa y Sab –basta recordar la última parte de la obra titulada Conclusión, la cual cuenta con la carta de Sab a Teresa, escrita durante su agonía, donde se encuentra la proclama por el reinado de la virtud, el orgullo, la igualdad y la inteligencia. En dicha carta, de una extensión considerable, pero lo mejor, delirantemente emotiva, se tiene que, técnicamente, Sab recibe la voz narrativa, y con ella la autoridad de su arenga. Ahora bien, es una autoridad que le viene de su superioridad moral, la que nada tiene que ver con una posición social, económica, racial ni política. Sin embargo, el condicionamiento de raza deviene determinismo bio-social:

El amor se apoderó bien pronto exclusivamente de mi corazón: pero no le debilitó, no. Yo hubiera conquistado a Carlota al precio de mil heroísmos. Si el destino me hubiese abierto una senda cualquiera, me habría lanzado en ella... la tribuna o el campo de batalla, la pluma o la espada, la acción o el pensamiento... todo me era igual: para todo hallaba en mí la aptitud y la voluntad... ¡sólo me faltaba el poder! Era mulato y esclavo. (Avellaneda 1976: 278).

Nótese bien que en primera instancia el condicionamiento racial puede entenderse como un determinismo biológico o natural, ante el que no se puede hacer nada, no se puede hacer que el sol nazca cada mañana por el occidente. Ésta es la base del fatalismo, a saber, hay leyes ante las cuales el hombre se ve irrefrenablemente sometido. No obstante, el hálito esperanzador surge de la convicción misma del mulato: tiene por igual cualidades físicas como intelectuales, según consta en la cita. Las reflexiones intelectuales lo llevan a preguntarse por el orden imperante de la organización social, y éstas mismas son las que le incitan realizar o esperar un cambio.

En rigor, no se puede hablar de un determinismo donde cabe la revolución, v.gr., aparentemente existe un determinismo en Magda, en *Por donde se sube al cielo*, debido a su pasado; pero al momento que ella amenaza con suicidarse como acción para ahuyentar a Provot, y de alguna manera proteger su amor hacia Raúl, se está demostrando que se puede revertir la organización imperante, cosa que no es posible en posiciones como el fatalismo o la desesperanza. De ahí que para el caso de Gutiérrez Nájera, el profesor Jorge Rojas (1996: 482) señale muy acertadamente en su estudio que «no es el azar el que la coloca en esta situación, se trata, en este caso, de una opción.» Siempre que haya opción, el orden social se podrá cambiar; la cuestión queda dependiendo de la voluntad de los hombres en sentido general, porque no es una tarea masculina exclusivamente, y por lo tanto se abrigará una esperanza de un mañana mejor.

El ciclo queda comportado por las siguientes apreciaciones: ayer, ilusión; hoy, desilusión; mañana, esperanza. «Hálito eufórico» ha sido el nombre que finalmente he dado a la salida romántica de *Sab*, pues el ciclo se conforma de una ilusión, su desengaño y la esperanza de nuevo día donde se encuentre con un renovado orden de cosas. El romanticismo de la desilusión con resolución eufórica se deferenca de posturas como el fatalismo o la desesperanza, en la medida que éstas dos adjudican una imposibilidad de realización de sus ideales a fuerzas suprahumanas, a una voluntad natural, divina u oscura que somete la voluntad de los hombres. De tal forma que el programa ilustrado que pretenden ellas siempre se verá truncado por fuerza de un *ius naturalismus*, v.gr., en *La vorágine*, es la selva: «¡Nos vamos, pues! ¡En nombre de Dios!»... y en el Epílogo: «Ni rastro de ellos, ¡Los devoró la selva!»; en *La nieve del almirante*, es el trópico: «Toda la vida he emprendido esa clase de aventuras, al final de las cuales encuentro el mismo desengaño» (junio 19)... «No hay remedio. Así será siempre.» (junio 23.) De idéntica manera se encuentra presente una desilusión en Avellaneda: Ni el amor, ni la amistad son tales como los sueña una imaginación poética, y cual nos apetece un ardiente corazón. Mucho tiempo había que yo lo sospechaba y entreveía esta triste verdad. (Cruz de Fuentes 1914: 154-155.)

No obstante, el giro diferenciador del fatalismo y la desesperanza queda en manos de Teresa, la muchacha sin gracia, que vive a la sombra de la belleza de su benefactora y principal rival, Carlota. Teresa alcanza la felicidad, el principal bien que pretendemos los seres humanos, que, según cuenta Aristóteles en la *Ética nicomaquea*, sólo se alcanza a través de la virtud:

...habrían oído que la mujer hermosa, rica y lisonjera, la que tenía esposo y placeres venía a buscar consuelos en la pobre monja muerta para el mundo. Hubieran visto que la mujer que creían dichosa lloraba, y que la monja era feliz. En efecto, Teresa había alcanzado aquella felicidad tranquila y solemne que da la virtud. Su alma altiva y fuerte había dominado su destino y sus pasiones, y su elevado carácter, firme y decidido, la habían permitido alcanzar esa alta resignación que es tan difícil a las almas apasionadas como a los caracteres débiles [...]. Su ambición, teniendo por único objeto la virtud, había sido para ella un móvil útil y santo, y a pesar de sus males físicos y de sus combates interiores, coronóse del triunfo aquella noble ambición. (Avellaneda 1976: 268-269.)

Las manos de Teresa no sostienen solas el giro, pues las de Sab también participan en la construcción del sentido final. Sab, el negro con una libertad prometida y no cumplida, testigo de la muerte de sus cercanos y objeto él de la misma, enamorado y no correspondido, y lo peor: dador del objeto de su amor al rival no digno, sacrificante de amor por la satisfacción de su amada, es quien profesa el cambio y motiva la esperanza, hálito eufórico.

La actual euforia se fundamenta en principios ilustrados, similares a los que motivaron la primera ilusión, la diferencia estriba en que ahora hay un conocimiento nuevo inexistente en el primer momento, a saber, el desenmascaramiento hermenéutico, la desilusión. El hálito eufórico entra en pugna con la realidad, con su rudeza aniquiladora. A pesar de ello, ilusión, decepción y euforia son el ciclo que compone el *trasegar* del héroe novelesco. El periplo de la búsqueda de valores y consecuente exigencia al mundo de ellos, son la base fundamental de la problematización que define a la forma novela dentro del medio de la producción artística. Sin problema-

tividad no hay constitución de personajes, ni héroe, no hay búsqueda o pruebas a superar, ni inteligencia narrativa. Todo esto implica la expulsión de la inmediatez, de la mundanidad, del positivismo, por ejemplo, la tiranía de la ignorancia, que lleva al error, la esclavitud y las falsas preocupaciones, son condenadas al final de *Sab*, no obstante sus contrarios también resultan impracticables:

En cuanto se sitúe en una totalidad coherente se revelará necesariamente la necesidad de su fracaso: el romanticismo se hace escéptico, decepcionado y cruel respecto de sí mismo y respecto del mundo; la novela del sentimiento romántico de la vida es la novela de la poesía de la decepción. (Lukács 1985: 385.)

La disociación se presenta al momento en que los personajes positivos de Avellaneda enjuician su entorno y encuentran que el ser de la sociedad no concuerda con un deber-ser lleno de humanismo, lo que deviene desilusión. Así las cosas, la disociación del ser (del estado de cosas imperantes) con el deber-ser (romántico) es la fuente de la problematicidad de los personajes más representativos de *Sab*. La diferencia de la obra de Avellaneda con respecto a las apreciaciones del joven Lukács en lo tocante al romanticismo de la desilusión estriba en que para el teórico la decepción es insalvable, la inadecuación entre el alma romántica y la realidad cancela toda posibilidad de reconciliación o síntesis entre el hombre y el mundo:

Pero si no es Dios, Teresa [escribe en la carta Sab], si son los hombres que me han formado este destino, si ellos han cortado las alas que Dios concedió a mi alma, si ellos han levantado un muro de errores y preocupaciones entre mí y el destino que la providencia me había señalado, si ellos han hecho inútiles los dones de Dios, si ellos me han dicho ¿eres fuerte?, pues sé humilde: ¿tienes sed de grandes virtudes?, pues devora tu impotencia en la humillación: ¿tienes inmensas facultades de amar?, pues sofócalas, porque no debes amar a ningún objeto bello y puro y digno de inspirarte amor: ¿sientes la noble ambición de ser útil a tus semejantes y de emplear en el bien general y en tu gloria las facultades que te oprimen?, pues dóblate bajo su peso y desconócelas, y resígnate a vivir inútil y despreciado, como la planta estéril o como

el animal inundo... Si son los hombres los que me han impuesto este horrible destino. (Avellaneda 1976: 280.)

Mientras que en *Sab*, sin importar que el héroe sea el portador de una exigencia utópica que indefectiblemente será aplastado por la rudeza de la realidad social, él pronunciará un último hálito al borde de su agonía, que será una arenga por el espíritu excelso de la humanidad. Ergo el hálito eufórico se pronuncia: Sobre las ruinas de estas viejas edificaciones se elevarán los talleres de la civilización moderna, que se espera menos ensoñadora:

No siempre reinaréis en el mundo, error, ignorancia y absurdas preocupaciones: vuestra decrepitud anuncia vuestra ruina. La palabra de salvación resonará por toda la extensión de la tierra: los viejos ídolos caerán de sus inmundos altares y el trono de la justicia se alzará brillante, sobre las ruinas de las viejas sociedades [...]. El día de la verdad amanecerá claro y brillante. (Avellaneda 1976: 281. Cursivas en el original)

La posibilidad a futuro de la reconciliación queda abierta, si y sólo si el espíritu de la humanidad sufre un cambio cualitativo. Este último punto es una nota diferenciadora entre la teoría de la novela lukacsiana y el obra de la cubana, a saber, según el primero, la desilusión acaece al momento en que el yo subjetivo del héroe romántico fracasa en su empresa de imprimirle sus valores al mundo o mundanidad, mientras que en la segunda, la significación profunda no establece que es el mundo el que debe cambiar, es el yo subjetivo de la humanidad el que debe reacondicionarse según una conciencia normativa, esto es, que el hombre se constituya en fuente de deber-ser, y, a la vez, devenga en único espacio posible para su realización.

Tal vez esto pueda leerse como una desmesura romántica o un autoengaño romántico, pero lo cierto es que la resolución de la novela deja la responsabilidad en manos de hombres y mujeres (recuérdese que los giros cualitativos son producido por un negro y una mujer en el contexto de una sociedad aria y patriarcal). Ya no es el panteísmo, la protovoluntad, que doblega a las personas, sino una cuestión de asumir una ética del virtuosismo de corte aristotélico

o epicúreo –tal como lo comprobamos anteriormente. Del determinismo natural del fatalismo, semejante en imposición al destino edípico, se pasa a un determinismo social, que puede ser revertido por acción de la voluntad humana. La tarea queda trazada, se debe expulsar la inmediatez. El conocimiento o sentido profundo que ofrece nuestra novela yace latente, a

la espera, pero no a la vista. En todo caso, el hálito eufórico no es inocencia romántica, pues nace de una decepción, y no espera que una gracia divina repare el estado de cosas actual. No hay otra opción, la tarea inaplazable de la libertad, la igualdad y la fraternidad es responsabilidad del conjunto humano.

Referencias Bibliográficas

- ALTAMIRANO, Ignacio (1998) *Clemencia*. Bogotá: Norma.
- ARAMBEL-GUIÑAZÚ, María C. y Claire E. Martin (2001) *Las mujeres toman la palabra*, Tomo I. Madrid: Iberoamericana & Vervuert.
- BONILLA, María Elvira (1985) *Jaulas*. Bogotá: Oveja Negra.
- CRUZ de Fuentes, Lorenzo (1914). *La Avellaneda*. (*Autobiografía y cartas*). Madrid: Imprenta Helénica.
- DE BEAUVOIR, Simone (1965) *El segundo sexo*, Tomo II: La experiencia vivida. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- FRANCO, Jorge (2000) *Rosario Tijeras*. Bogotá: Seix Barral.
- GIRARD, René (1985) *Mentira romántica y verdad novelesca*. Barcelona: Anagrama.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis (1976) *Sab*. Habana: Arte y Literatura.
- GUTIERREZ NÁJERA, Manuel (2002). *Por donde se sube al cielo*. México: Planeta-Joaquín Mortiz.
- JARAMILLO, María Mercedes, Robledo, Ángela Inés y Rodríguez-Arenas, Flor María (1991) *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*. Medellín: Otra parte – Universidad de Antioquia.
- LUKÁCS, Georg (1985) *El alma y las formas*. Barcelona: Grijalbo.
- NAVIA, Carmita (1992) *La Mujer Protagonista en la narrativa colombiana*. Bogotá: El Búho.
- RESTREPO, Laura (2004). *Delirio*. Bogotá: Alfaguara.
- ROJAS, Jorge (1996) «El camino de la vida en ‘Por donde se sube al cielo’, de Manuel Gutiérrez Nájera». En: *Memoria. Coloquio Internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, Unam, 1996, pp. 477-487. Versión on line: www.humanas.unal.edu.co.
- VARELA, Benito (s.f) *Evolución de la novela hispanoamericana en el XIX*. Consultado en www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/bvj/12585070823476051109435/p0000001.htm#I_9_ Page web: <http://www.guije.com/public/carteles/2835/avellaneda/index.html>
- www.cubaliteraria.cu/autor/ggomez_avellaneda/valoraciones.htm